

## Homilía de Apertura del Triduo

400 Aniversario de la Fundación de la Congregación de la Misión

París, 28 de abril de 2025

**Lecturas:** Hch 4,32-35; Sal 41,1-4.11-14a; Mc 12,28-34

Estamos hoy aquí para dar gracias a Dios -el sentido mismo de la Eucaristía- por las innumerables bendiciones y gracias concedidas a la «Pequeña Compañía» desde su fundación hasta el presente. Aunque la fundación real de nuestra Congregación tuvo lugar hace 400 años en casa de los de Gondis, el 17 de abril de 1625, la inspiración de nuestra Congregación, así como la de la Asociación Internacional de Caridades y la de las Hijas de la Caridad, data de 1617, año del nacimiento del Carisma. Esta inspiración tuvo dos partes: Folleville en enero y Châtillon en agosto.

Como es sabido, Vicente predicó el primer «Sermón de la Misión» el 25 de enero de 1617 en la iglesia parroquial de Folleville. Unos días antes, había escuchado la confesión de un campesino moribundo en Gannes, que más tarde declaró que se habría condenado sin ella. Asustada por esta confesión, y dándose cuenta de que otras personas de sus propiedades podían encontrarse en la misma situación, Madame de Gondi preguntó: «¡Ah, M. Vincent! ¡Cuántas almas se pierden! ¿Cómo remediarlo?»<sup>1</sup> O, en otras palabras, «¿Qué hay que hacer?», lo que se ha llegado a llamar la pregunta vicenciana. Instó a Vicente a predicar sobre la necesidad de la confesión general. Como Vicente explicó, «Dios tuvo tal consideración por la confianza y buena fe de aquella señora... que bendijo lo que dije; y aquellas buenas gentes se sintieron tan movidas por Dios que todos vinieron a hacer su confesión general».<sup>2</sup> Así, Vicente se dio cuenta de la pobreza espiritual de la gente del campo. Tomaría medidas para aliviarla reuniendo a algunos buenos sacerdotes que se unieron a él para catequizar a los pobres del campo, lo que acabaría dando lugar a nuestra fundación.

En agosto de ese mismo año, fue párroco en Châtillon-les-Dombes, donde un domingo por la mañana, mientras se vestía para la misa, le hablaron de una familia muy pobre en las afueras del pueblo. Todos estaban enfermos y nadie les ayudaba. Asombrado por su situación, recomendó la familia a sus feligreses durante el sermón. Una vez más, como Vicente explicó a las Hijas de la

---

<sup>1</sup> CCD XI, 3.

<sup>2</sup> CCD XI, 4

Caridad, «Dios, tocando el corazón de los que me oían, les movió a la compasión por aquellos pobres afligidos»<sup>3</sup>. Tomó así conciencia de la pobreza material de la gente de las aldeas rurales. Cuando, por la tarde, presencié casi una procesión de fieles que iban o volvían de casa de aquella familia, se dio cuenta de que su generosidad era demasiada de golpe y necesitaba organizarse. Así nacieron las Cofradías de la Caridad, que hoy conocemos como AIC: la Asociación Internacional de Caridades.

Algunas de aquellas Damas, sobre todo en París, no podían llevar a cabo los humildes servicios a los enfermos pobres, pero jóvenes mujeres del campo se presentaron para hacerlo. Finalmente, se reunieron en casa de Luisa de Marillac para formarse, lo que condujo a la fundación de las Hijas de la Caridad. Así, entre 1617 y 1633, en el espacio de 16 años, nacieron las tres fundaciones de Vicente en favor de los pobres. Había reconocido la verdad de lo que uno de sus cohermanos expresaba con frecuencia: «... el pobre pueblo llano se muere de hambre por la palabra de Dios y se le deja morir de hambre, por falta de asistencia».<sup>4</sup>

Observarán que en cada una de las fundaciones de Vicente participaron los laicos. Nunca trabajó solo. Siempre contó con la colaboración de los demás. Todas sus fundaciones nacieron y se alimentaron de la oración y de la acción, percibidas a través de la escucha atenta y del estudio del Evangelio, así como del discernimiento y de la obediencia a la «Voluntad de Dios», en la celebración de los sacramentos de la Eucaristía y de la reconciliación, en el reconocimiento de la realidad de los pobres y en el caminar con los laicos, que le ayudaron a tomar conciencia de la llamada del Señor.

Reflexionemos ahora brevemente sobre cómo encaja esta historia en el contexto de nuestra liturgia de hoy. En la primera lectura, de los Hechos de los Apóstoles, aprendemos que «la comunidad de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» y que «no había entre ellos ningún necesitado», porque todos daban libremente de sus bienes para que fueran «distribuidos a cada uno según sus necesidades». ¿No es esto lo que estamos llamados a hacer: dar libremente de nosotros mismos -de nuestro tiempo, talentos y tesoros- para aliviar a los pobres? De este modo, continuamos la misión de Cristo en la tierra llevando ayuda espiritual y material a los necesitados. El salmo responsorial declara cuál es nuestra recompensa: «Felices los que cuidan de los pobres».

El Evangelio nos esboza los dos grandes mandamientos: el amor a Dios y el amor al prójimo. Éstos constituyen el fundamento de toda acción caritativa. No podríamos llevar a cabo nuestra misión de evangelización y de servicio sin amor a Dios y a todo el pueblo de Dios.

---

<sup>3</sup> CCD IX, 192.

<sup>4</sup> CCD II, 369.

En Folleville y Châtillon, las respuestas de Vicente a las situaciones fueron a la vez proféticas y sinodales. Reconoció lo que Dios le pedía e implicó a otros en las acciones que siguieron. También nosotros debemos reflexionar sobre lo que Dios nos pide y ponerlo en práctica. También nosotros estamos llamados a ser profetas en este mundo y a trabajar en sinodalidad con los demás. Debemos poner en práctica las palabras de Jesús a un estudioso de la ley: «Vete y haz tú lo mismo» (Lucas 10:37).

Permitanme que deje las últimas palabras a nuestro Santo Fundador:

Oh Salvador mío, has esperado mil seiscientos años para suscitar para Ti una Compañía que profesa expresamente que continuará la misión que Tu Padre te envió a cumplir en la tierra, y que utiliza los mismos medios que Tú empleaste, haciendo profesión de observar la pobreza, la castidad y la obediencia. Oh Salvador mío, nunca te he dado gracias por esto; lo hago ahora por todos los presentes y ausentes. En tus planes eternos nos destinaste a este ministerio; concédenos cumplirlo por tu santa gracia. Pero, oh Salvador de nuestras almas, mira a aquellos de quienes te sirves para la conversión de los hombres y para continuar tu misión: ¡pobres como nosotros! ¡Qué motivo de vergüenza para nosotros! Oh Señor, concédenos la gracia de hacernos dignos de este ministerio y de nuestra vocación.<sup>5</sup>

Tomaž Mavrič, CM

Superior General

---

<sup>5</sup> CCD XII, 306.